

## EL CUERPO MARGINAL: LOS SÍMBOLOS DEL CUERPO EN EL CUENTO “EL COBRADOR” DE RUBEM FONSECA

### The Peripheral Body: Embodied Symbols in the Short Story “El Cobrador” by Rubem Fonseca

MICHELLE GAMA LEYVA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA  
michgama@gmail.com

**Resumen:** Este artículo propone leer el cuento “El cobrador” de Rubem Fonseca, como una muestra de las potencialidades del lenguaje literario por representar el cuerpo y, en este caso, la simbología que esta construcción puede encerrar. Partiendo de un análisis dentro de la dinámica metafísica de pares opuestos, puede decirse que la narración juega con la posibilidad de revertir el binomio de lo marginal con lo hegemónico, ayudándose de símbolos corporales que visibilizan o invisibilizan a un sujeto según determinados parámetros de adhesión a una comunidad simbólica.

**Palabras clave:** Cuerpo, representación, identidad, marginal.

**Abstract:** This article proposes to read the short story “El Cobrador” by Rubem Fonseca as an example of the possibilities of literary language to represent the body and, in this case, also to portrait the symbolism it can convey. Parting from an analysis that sustains the existence of metaphysical pairs, it can be said that the text plays with the chance to revert the marginal / hegemonic duce, helping itself with embodied symbols that make a subject visible or invisible depending on the parameters of adhesion to a symbolic community.

**Keywords:** body, representation, identity, marginal.

La narración “El cobrador” se encuentra en el libro de cuentos homónimo, publicado en 1979. Su autor, Rubem Fonseca, antes de dedicarse a la literatura, fue abogado litigante en su país natal, Brasil, lugar en el que pudo ver de cerca la corrupción del sistema judicial.

Esta investigación surge de una inquietud, ¿por qué este cuento tiene tanta fuerza? ¿Qué es lo que se está representando? Y más importante, ¿cómo se esta representando?

Stuart Hall sostiene que una cultura es un proceso o una serie de prácticas en las cuales un grupo de seres humanos comparte significados, el lenguaje siendo el sistema de representación por el cual esos significados se vuelven inteligibles. El mismo teórico propone un esquema que denomina “circuito de la cultura”, en el cual incluye cinco etapas -representación, identidad, producción, consumo y regulación- en las que estos significados circulan, se intercambian y se (re)producen entre los miembros de un grupo social.

Partiendo del esquema anterior como base, en esta comunicación se pretende analizar el proceso de representación y de construcción de la identidad, primeras dos fases del circuito referido, en el cuento “El cobrador” de Rubem Fonseca. En esta narración existe un evidente juego con la construcción literaria de los cuerpos / sujetos representados y los símbolos que éstos pueden encerrar.

Recordemos que la manera de representar a aquellos que se salen de la mayoría, de lo *normal*, es como el otro, el que no es nosotros, el que no es como yo. Aunque la diferencia sea la base del orden simbólico de clasificación y de significado de una cultura, también se puede afirmar que marcar la diferencia siempre implica dejar al que no coincide en un afuera, fenómeno que generalmente funciona a partir de parejas antitéticas que se conforman por una mecánica de normalidad / marginalidad. El otro es entonces representado desde su diferencia y ésta se vuelve constructora de la identidad, misma que queda arraigada en el cuerpo y en la interpretación del cuerpo.

La identidad de los personajes en la narración de Fonseca se construye, marginal o no, según el simbolismo que se le adjudica a ciertas partes corporales.

Se construye la identidad a partir del cuerpo, y específicamente, los dientes fungen como símbolo de marginalidad o privilegio. Los dientes son también detonantes del conflicto y eje de la trama.

La historia de El Cobrador es la de “un hombre anónimo que decide tomar de manera violenta y agresiva, todo lo que según él, le deben” (Estrada, 1999: 92).

Las acciones son narradas en primera persona, desde la perspectiva del protagonista, y se llevan a cabo en Río de Janeiro, Brasil. Se representa un ambiente urbano en el que las divisiones socioeconómicas de la población son fuertes y claras, la desigualdad representada funciona como un eco de “La ciudad latinoamericana”, su realidad y su representación.

El protagonista enloquece en una consulta con el dentista cuando éste le informa el precio de la extracción de una muela que le molesta. La mezcla entre la falta de dinero para pagar y la condescendencia del dentista lo hacen explotar: “¡No pago nada! ¡Me he hartado de pagar! Le grité. ¡Ahora soy yo quién cobra!” A partir de este momento el personaje se impone a sí mismo una misión y se convierte en el cobrador, llevando a cabo una serie de asesinatos y violaciones en nombre del hartazgo y del odio que ha desarrollado al sistema que le ha cerrado el camino.

La existencia de este personaje marginado era en un primer momento irrelevante y provocaba indiferencia. Al convertirse en una amenaza social, “cobra” también importancia y se vuelve visible. La violencia se convierte en el medio para ser tomado en cuenta. El cobrador busca ser visto, escuchado y considerado por la sociedad: “Cuando no se tiene dinero, es conveniente tener músculos y odio” (Fonseca, 1979: 203). Saberse excluido es la razón de su odio.

El personaje se configura a sí mismo, se describe como un hombre pobre de “pinta un poco canija” (Fonseca, 1979: 200). Se sabe por la consulta del dentista que le faltan varios dientes, también se menciona que vive con una mujer anciana, doña Clotilde, en su buhardilla o desván, por lo que queda claro su estado marginal, más aún al revisar las expresiones en las que él mismo se describe: “Me deben comida, coños, cobertores, zapatos, casa, coche, reloj, muelas; todo me lo deben” (Fonseca, 1979: 201). “Me deben escuela, novia, tocadiscos, respeto, bocadillo de mortadela en la tasca de la calle Vieira Fazenda, helado, balón de fútbol” (Fonseca, 1979: 203).

Cita de Romeo Tello: “El cobrador ha aprendido que es inútil esperar el momento en que papá gobierno o mamá revolución se decidan a procurar un bienestar social equitativo, por ello es que decide cobrarse por sus propios medios” (Romeo Tello, 1998: 19). “El arma le da el poder y la fuerza que por su marginación no tiene, convierte a los poderosos en débiles” (Estrada, 1999: 108).

Al analizar las características de las víctimas de asesinato, se puede ver que en ellas existen constantes, el cobrador agrade a aquellas personas que le mostraban indiferencia, que no le daban importancia, además de representar, como una especie de portavoces, el sistema de poder que lo ha puesto en la situación en la que está. Las víctimas son hombres y mujeres ricos, con dentaduras perfectas y un estilo de vida que el protagonista jamás ha tenido. La primera víctima, el conductor del Mercedes, es un hombre privilegiado económicamente, podemos inferirlo por el coche lujoso y por estar vestido para jugar tenis, un deporte costoso. El cobrador le dispara después de que éste le toca el claxon para que se mueva. Las siguientes víctimas son el hombre y la mujer que salen de una fiesta. Es interesante observar que cuando el cobrador se acerca, el hombre “apenas y le lanza una mirada distraída” (Fonseca, 1979: 208), a diferencia de la primera pareja que pasa junto a él esa misma noche: “Un matrimonio de media edad pasa a mi lado y me mira con pena; también yo siento pena de mí, cojo, y me duele la pierna” (Fonseca, 1979: 207). A esta pareja de mediana edad no les hace nada. La última víctima es el ejecutivo que sale del club, también tiene un coche lujoso y está vestido de una forma impecable. El ejecutivo trata de pasarse de listo con el cobrador, al inventar que no es de Río, las placas de su coche lo delatan y enojan más al protagonista, que le dispara cuatro veces.

Los personajes que se topan con él en la historia y a las que no hiere, también tienen características similares entre sí. En primer lugar está la mujer que conoce en la calle, “una probable prostituta” (Estrada, 1999: 108). La descripción que él hace de ella nos muestra que no es una mujer favorecida. Ésta le afirma al cobrador que le tiene miedo y cuando se queda dormida, él decide no hacerle daño y piensa: “Soy justo” (Fonseca, 1979: 206). Tomemos en cuenta, que el cobrador se refiere a esta mujer como una “don nadie”. Más adelante en el relato, el cobrador le pide por un momento el periódico a un mulato, y éste no se lo quiere prestar: “No me enfado. El tipo tiene

pocos dientes, dos o tres, retorcidos y oscuros. Digo, bueno, no vamos a pelearnos por eso” (Fonseca, 1979: 217). Un acto de benevolencia con alguien de su misma clase social y que sufre las mismas carencias que él. El cobrador no ataca a personas que no tengan una posición económica alta.

Las acciones violentas del protagonista no son impulsivas en su totalidad, es decir, él está consciente de que está haciendo daño, y que está cumpliendo con una tarea impuesta por él mismo. Mata por oportunismo. Su visión de la sociedad es la de un grupo podrido al que él no pertenece y el cuál no le ha brindado lo que él necesita y anhela. Constantemente se está burlando de este grupo: “Como para partirse de risa. Tienen gracia estos tipos” (Fonseca, 1979: 199).

Un giro en la historia es la relación que este personaje desarrolla con una mujer llamada Ana. El protagonista conoce a Ana en la playa, un lugar en el que no se siente incómodo: “En la playa, todos somos iguales, nosotros los jodidos, y ellos” (Fonseca, 1979: 212). Al cobrador le gusta Ana desde que la ve caminando: “La barriguita de la más pálida es la mas bonita que he visto en mi vida” (Fonseca, 1979: 212). Cuando Ana se da cuenta de que él está interesado, ella junto con su amiga “empiezan a menearse inquietas, a decir cosas con el cuerpo, a hacer movimientos tentadores” (Fonseca, 1979: 212). Lo que demuestra que desde el principio, por parte de Ana hay un interés por llamar la atención del cobrador.

Lo anterior nos indica que su presencia es tomada en cuenta. “Me gusta la paliducha esa. Y ella parece interesada por mí, me mira de reojo” (Fonseca, 1979: 212). Él se acerca a ella pero se vuelve tímido, lo que es un contraste a su personalidad violenta.

La descripción que hace el cobrador de Ana es diferente al resto de los personajes femeninos del cuento, todo en ella es virtud, aún con la mujer que viola en el departamento, existen cosas que no le gustan al narrador, pero con Ana es diferente: “¿Cómo puede tener alguien la boca tan bonita? Me dan ganas de lamer su boca de diente a diente” (Fonseca, 1979: 213). El cobrador siente deseo por ella, pero de una manera no violenta, incluso la considera como una de las cosas que le deben. “Me deben una mocita de veinte años, llena de dientes y perfume. ¿La de la casa de mármol?” (Fonseca, 1979: 214-215).

Ana no le tiene miedo como la mujer de la calle, ni tampoco se le impone como el dentista, ni lo provoca como el conductor del Mercedes, tampoco lo subestima como la pareja de la fiesta.

El cobrador no quiere seguir siendo un marginado, quiere que la sociedad lo tome en cuenta, quiere tener éxito, quiere dientes. Ana le brinda todo esto.

Aquello que el personaje odia, es lo que lo termina seduciendo, Ana es una mujer bonita, rica, joven, y solitaria, ella es parte de lo que él quiere cobrarle a la sociedad, pero no se lo cobra a la fuerza, por primera vez, lo que quiere llega solo.

El cobrador se enamora de Ana y ésta cambia la manera en que él llevaba a cabo sus “cobranzas”. La relación entre ambos culmina su odio y su violencia. “Ana expande el alcance destructivo del narrador” (Estrada, 1999: 131). El cobrador se convierte en una serie de “esclavo” y Ana en el “amo”.

Al final del relato, el cobrador se ha transformado en un terrorista calculador, dejando atrás al asesino. Él mismo explica cómo fue Ana la que lo llevó a cambiar: “Tengo una misión. Siempre he tenido una misión y no lo sabía. Ahora lo sé. Ana me ha ayudado a ver [...] Ana me ha enseñado a usar los explosivos y creo que estoy ya preparado para este cambio de escala” (Fonseca, 1979: 220-221). Es evidente que él está dominado por ella y por sus ideas, aunque coinciden en su odio por la sociedad, es ella quien lleva las riendas al final.

Fonseca nos muestra, por medio del personaje de Ana, a un ser humano con intenciones más oscuras que el mismo protagonista, al final él mismo acepta que “su odio estaba desperdiciado” (Fonseca, 1979: 222), hasta que la conoció. Ana resultó ser igual o más violenta que el cobrador, el asesino cruel, lleno de odio y sin escrúpulos descrito al principio del cuento.

Después de haber realizado este recorrido, es evidente el fuerte simbolismo que los dientes adquieren dentro de la narración. Por un lado, son el detonante del conflicto y, por otro, son uno de los ejes de la historia. Los dientes son la bandera de la diferencia, a partir de ellos se clasifica el privilegio. La falta de dientes en el cobrador y en otros personajes menos privilegiados funge como una cicatriz, los dientes se convierten en una tarjeta de presentación del status socioeconómico. El cobrador los

ha perdido, mientras que sus víctimas los muestran blancos, perfectos e impecables, el verlos provoca ira e indignación en el protagonista:

Me gustaría pegarle una torta al tipo ese que hace el anuncio del güisqui. Tan atildado, tan bonito, tan sanforizado, abrazado a una rubia reluciente, y echa unos cubitos de hielo en el vaso y sonríe con todos los dientes, sus dientes, firmes y verdaderos, me gustaría atraparlo y rajarle la boca con una navaja, por los dos lados, hasta las orejas, y esos dientes tan blancos quedarían todos fuera, con una sonrisa de calavera encarnada.

Al revisar la simbología que han tenido los dientes a lo largo de la historia, surgen consideraciones interesantes. Para Federico Revilla, los dientes simbolizan la toma de posesión y la asimilación, acciones que implican una fuerza dominadora (Revilla, 1990: 205), mientras que en el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot, el perder los dientes significa el miedo a la castración y a la derrota en la vida (Cirlot, 1981: 171). Más adelante se explica que éstos representan un muro o una defensa que contendría el interior del ser humano, de ahí que su pérdida tenga un simbolismo negativo y que implique la vulnerabilidad de mostrar el interior (Cirlot, 1981: 171). Interesante que, en el caso del cobrador, ese interior no sea vulnerable y que, al perder los dientes, no se asuma la derrota referida, sino que se luche contra ella tomando “justicia” en manos propias.

Por otro lado, Jean Chevalier afirma que los dientes simbolizan renombre, celebridad, juventud y jovialidad. Perderlos es entonces un símbolo de frustración y de quiebra: “Es la pérdida de la energía vital” (Chevalier, 1986: 417), dado que los dientes también representan la toma de posesión de los deseos. “Los dientes simbolizan la fuerza de masticación, la agresividad debida a las apetencias de los deseos materiales” (Chevalier, 1986: 417). Este sentido coincide más con el cuento, por un lado por el privilegio que representa tener la dentadura perfecta y por otro por cómo al perderlos, recurre a la violencia para tomar posesión de sus deseos.

Para terminar, hay que abordar otro de los aspectos más importantes de la narración: el desarrollo de los binomios de poder, mismos que el cuento pone en jaque. Lo sano y lo patológico, la indiferencia y la visibilidad y, quizás el más problemático, lo justo y lo injusto.

Comenzando por la cordura, Sara Martín (2002) nos recuerda en su obra, *Monstruos al final del milenio* que “las actividades de un asesino no corresponden a

una pérdida de control sobre la mente racional, sino a una elaboradísima racionalización de una obsesión particular”, obsesión que en el caso del cobrador es evidente. ¿Es el cobrador un enfermo mental o un hombre con una misión autoproclamada y, en su caso, legítima? ¿Qué es lo que lo vuelve un enfermo, sus argumentos o la manera violenta en la que los quiere y se quiere hacer notar? Mark Seltzer, por su parte, en su estudio sobre asesinos seriales, explica que estudios sociológicos demuestran que muchas veces el detonante de este tipo de acciones es el fracaso a sobresalir dentro de la masa. Según él, los asesinatos seriales deben entenderse como una especie de protesta de una clase subpolítica, el deseo de ser *alguien*.

Por último y más importante, ¿Tiene el cobrador el derecho de cobrar? ¿Es justo que se cobre lo que se le debe? El juego que la narración maneja entre víctimas y verdugos abre estas preguntas y más allá de caer en simplificaciones al tratar de responderlas, valdría la pena apreciar cómo el lenguaje literario nos recuerda la ambigüedad que puede encerrar el concepto de justicia, además de, en este caso específico, mostrar la ambivalencia de la empatía en la representación de lo marginal.

## BIBLIOGRAFÍA

ASSOUN, Paul-Laurent (1995), *El perverso y la mujer en la literatura*. Buenos Aires, Nueva visión.

CHEVALIER, Jean (1986), “Dientes”. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Herder

CIRLOT, Juan Eduardo (1981). “Dientes”. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor.

ESTRADA Vargas, Graciela (1999), *La construcción de la temporalidad en tres cuentos de Rubem Fonseca*. Tesis, Universidad Iberoamericana, México, pp.91-136.

FONSECA, Rubem (1980), *El cobrador*. Trad. Basilio Losada, Bruguera, Barcelona.

MARTÍN Sara (2002), *Monstruos al final del milenio*, España, Alberto Santos Editor.

MILLER, Beth (1978), *Mujeres en la literatura*. México, Fle/Scher

REVILLA, Federico (1990), “Dientes”. *Diccionario de iconografía y simbología*. Madrid, Cátedra.

TELLO Garrido, Romeo (1998), “Prólogo”. *Los mejores relatos de Rubem Fonseca*. Alfaguara, México.